

de sol e de chuva, de vento e neve desbastando, cortou, degolou o corpo do centauro naquele preciso sítio em que o tronco do homem se mudava em tronco de cavalo” [p. 131].

Y, precisamente cuando muere, vuelven los dioses, aunque ya sólo los va a recibir él, ya no van a regir la Tierra entera:

“Então olhou o seu corpo. O sangue corria. Metade de um homem. Um homem. E viu que os deuses se aproximavam. Era tempo de morrer” [p. 131].

La vida del centauro era imposible en nuestro mundo actual. Su país era el de los tiempos míticos o el de los sueños, que ambos son lo mismo, al menos para los aborígenes australianos (la *Alcheringa*). Desaparecidos este tiempo y este espacio, el centauro no tiene razón de ser, es un centauro inverosímil, imposible, igual que el de Leopoldo Marechal, un ser que deja de tener sentido y realidad en la época crudamente realista de nuestro días:

Y tu virtud -le dije-	Apoyada en el hombro
¿Ya no dará su fruta?	la cabeza greñuda,
¿Ya no tendrás, arquero,	náufrago del sueño,
trabajos y aventuras?”	dijo el centauro:

“Nunca” [p. 120]

Su tiempo, el tiempo de los mitos, sólo puede ser reintegrado por la Literatura (es lo que hace Saramago). Por la Literatura (la venganza sobre los molinos de viento que han humillado a ese héroe literario que es Don Quijote), por el sueño (la victoria sobre Hércules), por el viaje, en el sentido de viaje como búsqueda - como *queste* en el sentido artúrico de *La queste du Graal* - es por lo que la vida de este ser híbrido toma sentido. Sentido pleno sólo lo podría tener, su vida, *in illo tempore*. Por ello ha de vivir de noche, y su tragedia le sobreviene por atreverse a vivir de día, o sea, a vivir *en absoluto*, a renacer, a hacer realidad el sueño. Un ser que es dos seres a la vez no tiene sentido, debe escindir-se, por tanto, morir, desaparecer, porque ya no vive en su mundo, porque “está perto a fronteira e Zeus afastou-se para o Sul”.

## EL ESPEJO SELENITA Y EL ALEPH DE BORGES

ROBERTO ROJO

Universidad Nacional de Tucumán (Argentina)

Es un hecho muy frecuente en la historia de la literatura la presencia de temas, alusiones, argumentos, personajes, símbolos, ideas en varios y diversos textos reelaborados o reestructurados de acuerdo con la situación cultural de la época y con las propias condiciones del escritor. Esta copresencia textual o *interxtextualidad*, como ha dado en llamarse hoy, puede ilustrarse con múltiples ejemplos: las figuras de Medea, Sísifo, Edipo, Don Juan... con sus respectivos valores simbólicos, dejan su marca inconfundible en más de una obra literaria, con nuevos estilos, matices, enfoques conforme a las intenciones del autor y a la sensibilidad histórica de la época. Son producciones que, más allá de la matriz cultural que les diera origen, siguen hablándonos y conmoviéndonos como dando testimonio de la riqueza inagotable del texto, riqueza esta que nos pone en la pista de que el texto total exhibe inacabables posibilidades interpretativas. En un enfoque deconstructivo del texto expresa Derrida “Este es mi punto de partida: no se puede determinar ningún significado fuera de su contexto, pero ningún contexto permite la saturación”<sup>1</sup> No hay texto insular, orgullosamente solitario, no hay texto que no tenga tras sí una red de relaciones intertextuales.

Un tema, un eje semántico de posibilidades literarias nunca saturadas es el que gira en torno a la inalcanzable dimensión del infinito cifrada en el nombre del *Alef* o, metafóricamente, en los incorruptibles reflejos del espejo, presentes en muchos textos preborgianos. Que esta idea preside la estructuración del texto de Borges se advierte ya desde el epígrafe del cuento al evocar las palabras de Hamlet tocantes al “infinito espacio” y las del Leviatán que proclaman “la grandeza infinita del Lugar”. No parece, en consecuencia, desacertado sostener que tras esas copresencias textuales se barrunta un texto oculto, una especie de prototexto del cual los textos visibles son particulares inflexiones, y que en este caso son, al menos, tres en que se da la recurrencia temática del infinito. Y estos son las *Mil y Una Noches*, un episodio de las *Historias Verdaderas* de Luciano y el *The Crystal Egg* de H. G. Wells.

En los cuatro casos se apela a un objeto similar para ingresar visionariamente en un espacio imaginario en el que la plenitud del mundo, la realidad cósmica se abre a los ojos fascinados con todos sus matices deslumbrantes. En lo que sigue me referiré a cada uno de estos cuentos testimoniales del infinito con el propósito de establecer sus relaciones con el alef borgiano.<sup>2</sup> *La Noche 202* del legendario libro oriental cuenta que en un país llamado Lebt había un alcázar que de acuerdo con estrictas disposiciones debía permanecer siempre cerrado, pero un rey, violentando la tradición y desoyendo consejos, hizo volar las cerradu-

<sup>1</sup> J. CULLER, *Sobre la Deconstrucción*, Madrid 1992, p. 111

<sup>2</sup> *Las Mil y Una Noches*, “Noche 202”. Madrid 1976., p. 1248, trad. de Cansino Assens

ras y penetró en el palacio. Encontró el rey allí muchas cosas y entre otras, dice el texto:

“un espejo maravilloso, grande y redondo, formado de una aleación de metales y el que se miraba en el espejo podía ver en él la imagen de los siete climas del Universo.”

Quiero destacar en este brevísimo y sustancioso relato los elementos del espejo y de la visión de todo el Universo. La infinita extensión del universo, la totalidad de sus múltiples rostros queda atrapada en la pureza de un diminuto y extraño objeto físico.

Algo semejante encontramos en Luciano, escritor griego nacido en Samosata (hoy Turquía) alrededor del año 120 D.C y consagrado al estudio de la retórica y la filosofía. Gran parte del Imperio romano admiró sus cualidades de profesor y orador hasta establecerse en Atenas donde comenzó a escribir sus diálogos. Su influencia se dejó sentir en escritores como Rabelais y Swift, pero su fama se asienta en los diálogos satíricos dirigidos contra las creencias supersticiosas y las doctrinas filosóficas. En una de sus obras califica a los filósofos de charlatanes, incapaces de practicar lo que ostensiblemente predicaban. También convirtió a las supersticiones en blanco de sus sátiras. Importa aquí su obra llamada *Historias Verdaderas*<sup>3</sup> ramillete paródico de las ficciones a que son afectos los poetas y los historiadores. El título mismo tiene el sello de la ironía porque lejos de ser verdaderos los relatos son fantásticos, inverosímiles unos y absurdos otros. En sus travesías llega a la Luna, cuya estancia le depara “cosas estupendas y peregrinas”. Como anticipo de los robos, Luciano habla de la ciudad de Licnópolis, habitada por lámparas que andan por las calles y puertos obedeciendo las órdenes del rey. La desobediencia lleva a la muerte que consiste en ser apagadas.

El gran prodigio visible en el palacio real de la Luna es un espejo colocado en un pozo no muy profundo y quien a él descende oye cuanto se dice en la Tierra y el que “mira el espejo ve todas las cosas y todas las naciones como si estuviese en medio de cada una. Yo vi también a mi familia y toda mi patria: no puedo asegurar si me veía a mí.” En este relato de Luciano hay algunos elementos concomitantes y otros originales con relación a los otros textos de suerte que puede hablarse desde ahora, de la convergencia o intersección de ciertos puntos semiológicos. El elemento esencial y común es el espejo y su propiedad de reflejar la totalidad del Universo. Su descenso a un pozo es similar al hecho de tener que bajar al sótano de la casa para encontrar el Alef, pero en el pozo aguarda otro prodigio, que sólo advertimos en el relato de Luciano, y es el oír todo lo que se dice en la Tierra. No sólo la vista sino el oído ve ensanchado el horizonte de sus posibilidades perceptivas. La duda final, referente a si se es o no visto, encuentra una respuesta en el cuento de Wells al hablar de espejos *en rapport*, según indicaré después.

Mucho más extenso y más rico que los anteriores es el cuento *El Huevo de Cristal*<sup>4</sup> de H. G. Wells con el cual el *Alef* mantiene relaciones textuales muy visibles. En ambos casos hay episodios circundantes sin relación con el tema simbólico del espejo; en el relato de Wells, p. ej. hay una especie de suspenso acerca del destino final del maravilloso cristal, que se vendió ignorando sus propiedades. Una mañana de agosto, a eso de la tres, al penetrar

<sup>3</sup> LUCIANO, *Historias Verdaderas*, Madrid, Viuda de Hernando, 1889, t. II

<sup>4</sup> H. G. WELLS, *The Crystal Egg*, en *The Complete Stories*, London, Ernest Benn Limited, 1966

el comerciante C. Cave en su tienda totalmente oscura divisó un extraño resplandor, una luz que provenía del cristal ovalado que estaba a la venta desde hacía tiempo. Quedó atónito porque el comportamiento del misterioso rayo de luz no cuadraba con los conocimientos de Física que había aprendido en su juventud. La luz no quedaba fija sino que se retorció dentro del huevo como dando cuenta de un insólito capricho de la naturaleza. Después de brillar durante pocos minutos vio estupefacto que la luz se desvanecía lentamente. Observó que a medida que crecía el alba y con ella la intensidad de la luz, el cristal perdía su luminosidad. Era una muerte remediada porque renacía, por así decirlo, al contacto con la oscuridad. El extraño fenómeno no era visible para todos. Inclusive para el C. Cave la visión del fenómeno era mayor en sus estados de debilidad y fatiga. Cubriéndolo con un paño de terciopelo pudo ver el fenómeno luminoso del cristal en las horas diurnas. Su fascinación creció aun más cuando un día, mirándolo en un ángulo de 137 grados de la dirección del rayo, lograba la visión de un país grande y peculiar. Y no era una imagen onírica, no era alucinación. Me pregunto si Wells eligió este número al azar o estaba al corriente de las conjeturas numerológicas que llegaron a hacerse en torno a dicha cifra análogas a las que se hacen sobre las proporciones de las pirámides de Egipto. De ser así sabría que el inverso de este número (1/137) representa el valor numérico de una constante que aparece muy a menudo en mecánica cuántica. No creo tan desacertada esta presunción por cuanto Wace, el confidente de las perplejidades de C. Cave, tomó copiosas notas y gracias a su método científico pudo establecer la relación existente entre la dirección del rayo y la orientación que el variable paisaje ofrecía; era, pues, fácil percibir el valle en la dirección que se quisiera, poner ante los ojos deslumbrados los rostros potencialmente infinitos del paisaje movedizo.

El paisaje que se ofrecía a los ojos deslumbrados era maravilloso, pero siempre distinto porque había una relación entre la dirección del rayo que penetraba en el cristal y la orientación del paisaje que se ofrecía a la vista: vegetación lujuriosa, enormes pájaros, criaturas extrañas de alas plateadas, acantilados rojizos, edificios, plantas de formas y colores curiosos... Pero había una visión más fascinante aún: sobre un mástil se divisaban pequeños objetos que reflejaban la luz del sol poniente, y que resultaron ser exactamente iguales al huevo de cristal C, Cave y su amigo J. Wace, médico e investigador, llegaron a convencerse de que su propio cristal era el que estaba en el mástil de sus visiones y que algunos de sus extraños habitantes los veían a través de él. Una opción de hierro se abrió desafiante ante sí: había que creer en una de dos cosas: o que el cristal estaba en dos lugares al mismo tiempo, lo que es absurdo o que se trataba de cristales similares con simpatía mutua tan especial que cuanto se veía en el interior del uno podía ser observado en el otro mundo con el cristal correspondiente. Esta idea de los cristales *en rapport* entusiasmó a Cave y a Wace, quienes llegaron a suponer que se trataba de habitantes de Marte los cuales enviaron acaso un cristal a la Tierra para poder observar a los terráneos. En una ocasión la intensidad del espanto de C. Cave rayó lo indescriptible y fue cuando los extraños ojos de uno de esos lejanos y desconocidos habitantes se aproximaron súbitamente al cristal, dio entonces un grito desesperado y saltó. “Lo que estaba ocurriendo era la cosa más real en su existencia” Pareció como si se tratara de un patético presagio. Fue su última experiencia porque un día apareció muerto, sonriente y sosteniendo en la mano el prodigioso cristal.

El *Alef* de Borges tiene varias relaciones intertextuales con los tres relatos anteriores,

desde contactos mínimos hasta coincidencias simbólicas, particularmente significativas. Como en el espejo selenita de Luciano, el encuentro con el extraño objeto exige un descenso, en este caso, al sótano del comedor que tiene mucho de pozo. Para que el objeto prodigioso obre el milagro de la ultra percepción han de cumplirse ciertas exigencias rituales, por así decirlo : la oscuridad y la incidencia angular del rayo de luz en el *Huevo de Cristal* ; la oscuridad, la inmovilidad, la adaptación ocular y la posición decúbito dorsal en el *Alef* . Profundas emociones suscitan la contemplación de la tornasolada esfera del uno y la del cristal opalescente del otro. Ante el " objeto conjetural" - como le llama Borges- hay vértigo, infinita veneración ; ante el huevo de cristal, fascinación y espanto.

La descripción de los milagrosos objetos revela la semejanza de sus propiedades. Wells habla de "la débil opalescencia del cristal", Borges, a su vez, traza la imagen de " una pequeña esfera tornasolada". Más allá de las semejanzas o similitudes entre estos cuatro objetos misteriosos, hay algo que me parece circular en todos ellos con un valor simbólico y metafísico , y que no es sino la representación del infinito mediante la imagen plástica del cristal o del espejo . Acaso por sus peculiares propiedades físicas se ha metaforizado el cristal con el valor simbólico de la totalidad infinita. Recuerdo aquí un cuento de Rubén Darío " El Velo de Mab". en el que está también aludida la totalidad de lo real. En el reparto de los dones que las hadas hicieron a los mortales, tocóles a unos " unos cristales que hacían ver en el riñón de la madre tierra"

La visión del *Alef* es, como la del huevo de cristal, la visión del infinito, de los inabarcables matices de la realidad, del " espacio cósmico sin disminución ni tamaño", de las pequeñas y las grandes cosas. con él se ve el mar, el alba, la tarde, una "plateada telaraña", un "laberinto roto", nieve, tabaco, cada letra de cada página... "El *Alef* es el lugar donde están sin confundirse, dice Borges, todos los lugares del orbe, vistos desde todos los ángulos.... Si todos los lugares de la Tierra está en el *Alef*, allí estarán todas las luminarias, todas las lámparas, todos los veneros de luz".

Vale la pena señalar, por último, que a diferencia de todos los cuentos mencionados, Borges revela en una *Postdata* no sólo los antecedentes de su cuento sino su clara intención de asediar literariamente el infinito. Recuerda que el *alef*, primera letra del alfabeto hebreo , significa la Divinidad para la Cábala y representa en matemáticas los números transfinitos con propiedades desconcertantes para una lógica de lo finito como la de que el todo es igual a una de sus partes. Ante esta evocación de los conjuntos transfinitos de Cantor no cabe duda que el origen del cuento de Borges algo tuvo que ver con su deslumbramiento por las paradojas del infinito matemático. Y nada semejante encontramos en los cuentos anteriores, y sólo una presunta alusión físiico-matemática en el cuento de Wells representada por la cifra 137.

I  
XIX  
cont  
merc  
que  
ideo  
proc  
tan i  
pero  
parte  
con  
"no  
esta  
to",<sup>3</sup>  
S  
prop  
Nod  
el de  
recto  
  
1 P.-C  
"Gen  
Cerisy  
Paris,  
de ten  
tique;  
2 C. N  
Martí  
3 Loc.  
4 Part  
conce  
mas d  
de ent  
pico y  
del m  
tigüed  
Petron